Gallardo, el más gallardo

Por ***J. M. Martí Font***

"¿Y si me muero?", se preguntaba hace un par de años Miguel Ángel Gallardo Paredes (Lleida, 1955-Barcelona, 2022), convaleciente de una operación de un tumor cerebral. Y respondía:

"¡¡Eh!! que si me voy me voy, no pasa nada… Miguelito se ha divertido. He tenido fiestas a cascoporro, he tenido amores, he tenido a María, me he bañado en el mar en pleno invierno, me han dado los rayos de sol en la cara en primavera, he viajado a países que cuando era pequeño ni siquiera sabía dónde estaban: China, Rusia, México, Argentina, República Dominicana, Campo de Criptana, Soria, Albacete…, y he tenido amigos como soles que me han regalado incontables horas de risas y felicidad ¿qué más puede pedir uno?"



⊂ 'MARÍA Y YO' FUE LA OBRA MÁS PERSONAL DE MIGUEL GALLARDO, FALLECIDO EL 21 DE FEBRERO EN BARCELONA | Astiberri ediciones.

Le conocí a mediados de la década de 1970 en la Barcelona canalla por excelencia. Formaba parte de la redacción de una revista mítica por entonces llamada *Disco Express*, no en condición de artista ni de periodista, sino de simple montador, porque la revista se fabricaba enteramente en aquel piso de la entonces llamada avenida del General Mola, en un sexto piso sin ascensor, y él era quien la compaginaba. Se puede decir que era un recién llegado al *underground* barcelonés. Para entonces, los dibujantes del Rrollo Enmascarado como Mariscal, Nazario o Pepicheck ya habían alcanzado su trocito de notoriedad. Gallardo vino de Lleida para estudiar Bellas Artes en Barcelona, le suspendieron y recaló en la escuela Massana, de la que fue expulsado por no dejarse ver por las aulas y así acabó de montador.

Nunca se apuntó a ninguna moda, a ninguna tendencia; él era la tendencia, muy por encima de los debates de la década de los ochenta

Pero en aquellos años todo era posible, especialmente si se tenía un talento tan inmenso como el suyo. Como quien no quiere la cosa, inclinado sobre su mesa parió a Makoki, el emblemático antihéroe del *underground* español; un tipo que escapa del frenopático con una camisa blanca y una especie de casco del que cuelgan los cables que arrancó cuando estaba recibiendo un electrochoque; un personaje que junto a su peña —el Niñato, Pectol, Loperena…— reflejaba muy bien aquellos años basura.

A partir de ahí Gallardo se fue expandiendo. Siempre fue único y original, un dibujante natural a quien se le escapaba el trazo por la nariz, incluso cuando dormitaba, porque necesitaba dibujar para explicarlo todo, para explicarse a sí mismo. Por eso nunca se apuntó a ninguna moda, a ninguna tendencia, él era la tendencia, muy por encima de algunos de los debates más sonados de la década de los ochenta, sobre si la "línea clara" tintinesca o la "línea chunga" que, inicialmente, se refugió en la mítica revista *El Víbora* durante la gran resaca de la década de los ochenta.

Convertido ya en uno de los grandes ilustradores de este país, con proyección internacional, Gallardo amplió su producción a todos los territorios imaginables: desde ilustraciones para *The New Yorker*, de las que se sentía muy orgulloso, hasta incursiones en la novela gráfica cuando este formato apenas empezaba. Una de sus grandes obras fue *Un largo silencio* (1997), construida con las memorias de su padre como soldado republicano. Pero tal vez su obra más emblemática —y también más personal— fue *María y yo* (2007) en la que reconstruye y explica su relación con su hija autista. Traducida a una docena de idiomas, convertida en un documental y con una secuela, siete años después, titulada *María tiene 20 años*, le consagró como artista universal.

El párrafo con el que se inicia este texto forma parte de *Algo extraño me pasó camino de casa* (2020), un libro en el que reflexiona y se ríe del tumor cerebral que le acababan de diagnosticar. Solo él era capaz de semejante ironía.

Adiós, amigo. ◗